

La humanidad enfrenta una trascendente coyuntura cultural. Mientras aspira a la conquista de un futuro cargado de incertidumbres, volcando en ello lo mejor de su esfuerzo e inteligencia, vuelve el rostro al pasado, hurgando con más empeño que nunca las huellas de su transitar sobre la tierra.

La recuperación del patrimonio heredado, en países como Cuba, surge esencialmente de la búsqueda de una reafirmación de la identidad nacional, como se expresa en componentes de la cultura material. Se trata de una importante necesidad espiritual, que alcanza dimensión ambiental en el caso de los centros urbanos históricamente caracterizados.

Pero estos básicos significados de tipo cultural e ideológico no pueden dejar de asociarse a importantes connotaciones sociales y económicas, con las que se entrelazan estrechamente en forma sistémica. El deterioro de los centros históricos es una de las tantas manifestaciones deformantes que se derivan del desarrollo capitalista, consecuencia de la evolución traumática e incontrolada de las ciudades y de las migraciones intraurbanas expresivas de la segregación clasista. Precisamente las áreas que ofrecen una imagen recuperable son aquéllas que por avatares históricos circunstanciales escaparon del influjo desarrollista.

Por otra parte, la burguesía ha presentado una posición pendular hacia los centros históricos, sucesivamente devaluados como habitat con el desplazamiento de la centralidad hacia otras áreas urbanas, utilizadas como vehículo de inmisericorde especulación con la vivienda proletaria, convertidos en objeto de vandálicas remodelaciones para frenar su potencial subversivo y renovar las formas de explotación financiera y, finalmente, revalorizados bajo la advocación del turismo y del decaimiento del interés en la arquitectura moderna.

* Ponencia presentada al Evento Internacional de la Arquitectura para el Turismo y la Salud. La Habana, 1986.

Un acertado enfoque socio-económico del proceso de recuperación favorece que no se infiltren el olvido del presente ni el culto al pasado. No se conserva y restaura en los centros históricos por mera afición cultural al objeto, sino por su valor económico y, sobre todo, para elevar la calidad de la vida de sus pobladores. La rehabilitación de un centro histórico, solo puede alcanzarse coherentemente cuando, junto a la preservación de su esencia, se contemplan las nuevas y crecientes necesidades del hombre.

La premisa de unir los monumentos y conjuntos históricos a los requerimientos sociales ha sido objeto de reiteradas recomendaciones. La Carta de Venecia, por ejemplo, expresó que la conservación de los monumentos se beneficia con su dedicación a un fin útil a la sociedad.

De forma más precisa, la Recomendación sobre la Protección en el Archivo Nacional del Patrimonio Cultural y Natural aprobada por la Conferencia General de la UNESCO en 1972, plantea que *"su integración a la vida social y económica ha de ser uno de los aspectos fundamentales del acondicionamiento del territorio y de la planificación nacional en todos sus niveles"*.

La conciencia del valor cultural, social y económico de los centros históricos ha arrojado resultados esperanzadores en diversas partes del mundo. Sin embargo, se dan también circunstancias de signo opuesto que suscitan rechazo, incluyendo aquellos casos en los que aún permanecen en el olvido o el menosprecio importantes valores, carentes de todo plan de rescate.

Hay tendencias, asimismo, en las que la priorización de la función turística ha conducido a destruir la materia o el carácter, o en las que la recuperación de barriadas históricas provoca la salida de sus moradores para dar paso a los que utilizan el recobrado prestigio de la zona como símbolo de *status* social.

Afortunadamente, el debate en torno a estos problemas y la actividad de diversos organismos internacionales va permitiendo obtener ópticas favorables dentro de un terreno polémico, en el que no siempre prevalecen fácilmente las ideas más lúcidas.

Además de los valores culturales, el potencial turístico internacional constituye uno de los atributos que más extendida repercusión han hallado en relación con los centros históricos. Junto a los escenarios naturales preponderantes y, en muchos casos, por encima de éstos, las zonas urbanas históricamente caracterizadas, portadoras del sello de lo nacional que no se aprecia por lo general en los nuevos desarrollos arquitectónicos y urbanos, constituyen los elementos distintivos que con mayor fuerza se graban en la memoria del visitante, fungiendo posteriormente de base valorativa y

comparativa.

El turismo, devenido en potente actividad de masas es una aspiración legítima del hombre actual. Iniciado en siglos precedentes bajo el acicate del conocimiento y el intercambio, tuvo enorme influencia en el desarrollo de la cultura literaria y visual. El turismo, generador de estrechos vínculos de amistad y mutua comprensión, portador de exaltantes vivencias espirituales, comparte con la conservación del patrimonio cultural y natural nobles objetivos del más alto significado.

El turismo y la conservación de monumentos, dos actividades esencialmente humanas e íntimamente correlacionadas, han afrontado en ocasiones, sin embargo, antagonismos aparentes a cuya luz su imprescindible convivencia armónica tiende a dificultarse.

Al igual que en el caso de la conservación patrimonial, también prestigiosas organizaciones internacionales vinculadas al turismo han elaborado documentos que precisan esta problemática y aportan una guía para su adecuado análisis.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Viajes Internacionales y Turismo efectuada en Roma en 1963, hizo resaltar que *"desde el punto de vista turístico, el patrimonio cultural, histórico y natural de las naciones constituye un valor sustancialmente importante"*, y urgió la adopción de medidas para asegurar la conservación y protección de ese patrimonio. La Conferencia sobre Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas, de 1964, recomendó a las agencias y organismos de financiación ofrecer apropiada asistencia a obras de conservación, restauración y utilización ventajosa de sitios arqueológicos, históricos y de belleza natural.

La Declaración de Manila sobre el Turismo Mundial, de 1980, fue representativa y de una clara vocación ética y humana, y subrayó *"la dimensión cultural y moral del turismo y la necesidad de protegerlo de las distorsiones negativas derivadas de factores económicos"*. Era el mismo espíritu que había prevalecido en la Carta de Turismo Cultural, emitida por el ICOMOS en Bruselas, en 1976, que advirtió que:

"el turismo aparece como fenómeno capaz de ejercer sobre el entorno del hombre en general, y sobre los monumentos y sitios históricos en particular, una influencia extremadamente significativa... esta influencia debe ser cuidadosamente estudiada y ser objeto, a todos los niveles, de una política coherente y efectiva".

El Acta de Copenhagen, emitida en reunión del Buró Internacional de

Turismo Social, en 1982, sintetizó el problema fundamental: como *"armonizar las necesidades crecientes del turismo social y el objetivo esencial de la protección del patrimonio del hombre"*.

El tema de las relaciones entre turismo y patrimonio cultural se debate recurrentemente, subrayándose su relevancia. El hecho cierto es que el turismo es parte irreversible de la cultura, de la economía y de la forma de vida de este siglo, y sin duda lo será más aún en el ya tan cercano siglo XXI; su fuerza estimulante es enorme, y, a pesar de los problemas que engendra, sus beneficios son considerables. Debe reconocerse que gran parte del patrimonio cultural humano ha logrado salvarse de una pérdida irremediable gracias en notable medida al poderoso acicate del turismo.

La preservación y rehabilitación de monumentos y centros históricos es tarea compleja y delicada. Si el tiempo o los agentes naturales son factores de deterioro, también lo es, a menudo, la irresponsabilidad humana. La materia es socavada por la polución ambiental, la depredación y las funciones incompatibles; el espíritu, por la invasión de la subcultura de masas y de las estandarizadas instalaciones del consumo transnacional, el usurpamiento incontrolado de los espacios urbanos por el automóvil, la publicidad inescrupulosa, el comercialismo, los elementos discordantes y agresivos.

Son conocidos los casos de altísimos valores patrimoniales que han sufrido serias afectaciones a causa de la exacerbación del uso turístico. Mencionaremos sólo algunos ejemplos conocidos.

Venecia, cuyas bellezas incomparables y fuerza vital han sido cantadas por siglos, se sobesatura de visitantes o se convierte en ciudad muerta, esclava de las fluctuaciones turísticas, mientras en sus vidrieras se exhiben ciertas piezas de cristal de Murano fabricadas en Hong Kong. Un destacado profesor veneciano nos confesó su sueño de que en los Estados Unidos se erigiera una réplica de Venecia para satisfacer a los turistas norteamericanos y frenar su constante invasión de la ciudad. El turismo provoca el éxodo de la población no vinculada laboralmente a él, y que no resiste el creciente costo de la vida que impone. Algunos vaticinan un futuro similar para ciudades que constituyen grandes polos de atracción, como París, Roma o Atenas, y señalan que eventualmente se convertirán en ciudades-museos.

Las extraordinarias pinturas rupestres de Lascaux, en Francia, no pueden ser ya visitadas, pues su delicada contextura no resiste la presencia masiva y continuada de turistas. La Cámara de los Esposos, obra de Andrea Mantegna del siglo XVI, que ornamenta un salón palaciego de Mantua, sufrió graves

daños por los cambios de temperatura inducidos por 4.000 visitantes diarios. Las depredaciones que han afectado al sitio prehistórico de Stonehenge, unidas a aberrantes criterios comercialistas, han hecho concebir el sorprendente propósito de hacer una copia exacta en otra ubicación, para continuar explotándolo como atracción turística. Tal idea hace recordar posiciones extremas en la búsqueda de reclamos turísticos y de satisfacer la afición al pasado, que se dan actualmente en tendencias a construir neo-centros históricos antes inexistentes, en correspondencia con algunas corrientes arquitectónicas en boga.

El Partenón, que hoy experimenta los mayores riesgos de su historia a consecuencia de la contaminación ambiental, también ha sufrido la pérdida de incontables pequeños fragmentos sustraídos por turistas como recuerdo, lo cual dificulta la aspiración a realizar trabajos de anastilosis. La maravillosa Capilla Sixtina, con sus frescos de Miguel Angel, es visitada anualmente por dos millones de personas que la utilizan como sitio de descanso tras un fatigoso recorrido museístico, y con ello provocan serios desequilibrios ambientales. Actualmente se propone construir una cámara anexa en la cual se pueda hacer una descripción audiovisual de sus valores obligando a una permanencia restringida en su espacio.

Los países del llamado Tercer Mundo, muchos de ellos herederos de impresionantes civilizaciones antiguas, han padecido durante siglos la piratesca sustracción de parte importante de sus valores culturales, que han ido a enriquecer los fondos de afamados museos del mundo.

Con una identidad nacional fuertemente amenazada por la dependencia económica y la penetración cultural, carecen de recursos económicos y, salvo algunas excepciones, de políticas coherentes para garantizar la salvaguarda material y espiritual de su patrimonio.

Por razones evidentes, requieren un alto grado de los beneficios económicos y el impulso movilizador que aporte el turismo, pero, en su caso, las formas de puesta en práctica y de control de sus efectos demandan estudios aún más cuidadosos y pormenorizados.

En el informe del Presidente del Segundo Congreso Internacional sobre Conservación Arquitectónica y Planeamiento Urbano, convocado por Heritage Trust en Basilea, en 1985, con el tema **Conservación y Turismo**, se consignó:

"En algunos países, especialmente algunos en desarrollo, los beneficios del turismo han resultado ilusorios. Se han quebrantado patrones culturales y sociales, el consumo por parte de los turistas de recursos que escasean ha ido en

desventaja de la población, el carácter y la calidad de la identidad local han sufrido, y las ganancias derivadas de la industria turística se han canalizado fuera del país por las compañías extranjeras."

Néstor García Canclini, en su ensayo *Las Culturas Populares en el Capitalismo*, hace una implacable disección de algunos vínculos entre el turismo y la coyuntura del subdesarrollo. En un capítulo que titula "El turismo o la reconciliación del atraso con la belleza" dice:

"La fascinación nostálgica por lo rústico es una de las motivaciones más invocadas por el turismo... En cierto modo, los países del turismo son un solo país, en todos se habla inglés, hay menú internacional, se pueden alquilar coches idénticos, escuchar la música de moda y pagar con tarjeta del American Express..."

Esta preocupación de García Canclini nos remite palpablemente, en el nivel de la arquitectura, a los hoteles de corte internacional, que a menudo acarrear efectos contradictorios sobre las preexistencias culturales y sobre el carácter regional o local. A menudo los hoteles e instalaciones turísticas modernas aislan al visitante en anónimos interiores climatizados o exacerban lo supuestamente típico y tradicional, favoreciendo el surgimiento de falsos valores y manifestaciones subculturales.

De este conjunto de consideraciones pudieran derivarse conclusiones pesimistas; pero en realidad debe suceder todo lo contrario. Lejos de adoptar posiciones extremas de rechazo al extraordinario potencial económico y cultural del turismo, lo que se hace necesario es una lúcida toma de conciencia de estos problemas y la consecuente adopción de medidas para su adecuado control. En ello juega un papel fundamental la actuación de común acuerdo de las fuerzas esenciales de la promoción turística y de la conservación y restauración del patrimonio, en el marco de una clara política de preservación y difusión de los valores de la cultura nacional.

Resulta obvia, en la región latinoamericana, la relación existente entre el desequilibrio socio-económico y la crudeza con que se manifiesta el fenómeno de la degradación y abandono de los centros históricos.

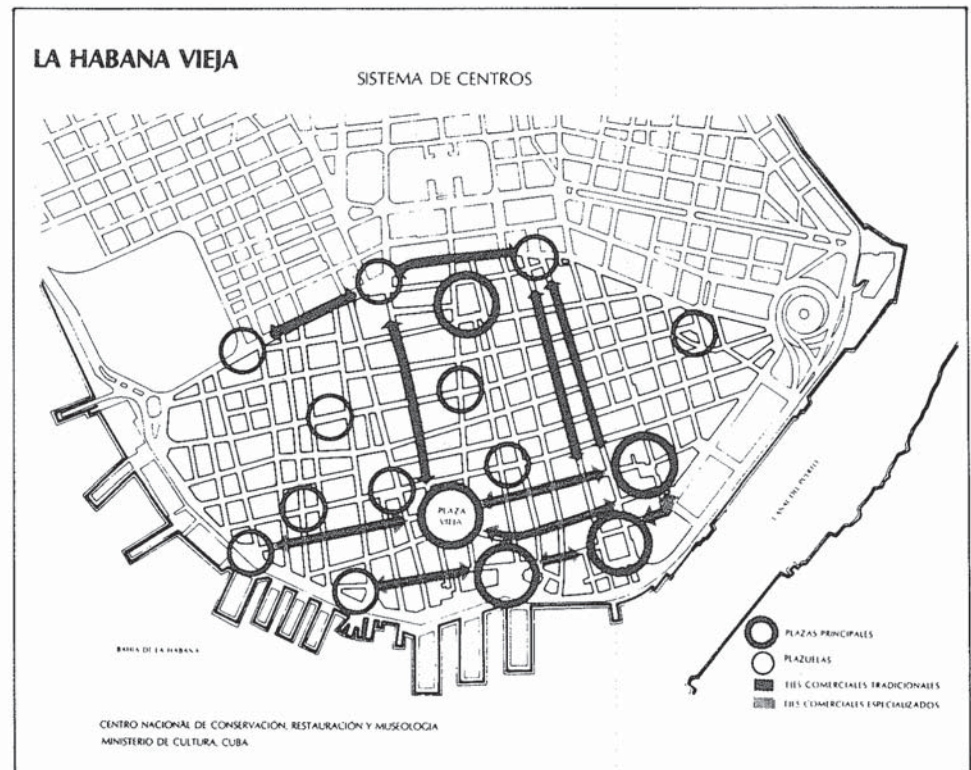
En este contexto, Cuba constituye una excepción. Sujeta a las consecuencias de la crisis económica mundial, carente de importantes recursos, está exenta sin embargo de los profundos desequilibrios que afectan la región. En el último cuarto de siglo, se ha producido, entre muchas otras transformaciones, el desarrollo de una política educacional y cultural que favorece una tendencia a recuperar el patrimonio, como parte tanto de la

cultura nacional como de la vida en desarrollo.

Hasta entonces, los centros históricos en Cuba permanecieron en el olvido, condicionados por la especulación y la dependencia económica y cultural. Comparado con los demás males sociales de la época, la salvaguarda de sus valores aparecía como una aspiración secundaria, y eran escasos los iluminados intelectuales que abogaban por su defensa.

En la primera fase revolucionaria, se restauraron algunos monumentos puntuales, pero las zonas históricas no se incluían aún en los planes urbanos y regionales. Se enfatizaban los nuevos desarrollos, de acuerdo a los conceptos prevalecientes. En la década del 70, un enfoque más maduro condujo a estudios sobre la potencialidad de los centros históricos, y los planes directores incluyeron recomendaciones al respecto.

A partir de 1976 se dieron pasos institucionales fundamentales y se aprobaron las leyes sobre la Protección del Patrimonio Cultural y los Monumentos Nacionales y Locales. Se creó la Comisión Nacional de



Monumentos, con representaciones en cada provincia, y en 1978 la Dirección de Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura inició los trabajos de investigación y análisis del casco histórico de La Habana Vieja, insertados en el Plan Director de la Ciudad.

En 1982 la Convención del Patrimonio Cultural y Natural Mundial incluyó el casco histórico de la Habana Vieja y sus Sistemas de Fortificaciones en la lista del Patrimonio de la Humanidad, lo que significó un importante estímulo para la acción. También en 1982 se había creado por decreto del Consejo de Ministros el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología del Ministerio de Cultura, apoyado por un proyecto PNUD-UNESCO.

Esta institución tiene el rol de conducir trabajos complejos y experimentales de restauración; establecer criterios y regulaciones; coadyuvar a la formación de especialistas, técnicos y obreros calificados; divulgar y promover una conciencia sobre la conservación del patrimonio, y llevar adelante las investigaciones que permitan el desarrollo científico-técnico que requiere su campo de acción.

En torno al proceso recuperador, que ha ganado la conciencia colectiva, se aglutinan facultades universitarias, centros de investigación y diversas instituciones y personalidades. En ocasiones el papel impulsor de algunas entidades alcanza relevante valor, como es el caso de la Facultad de Arquitectura de Santiago de Cuba y, sobre todo, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, que a los trabajos de restauración une el desarrollo de una amplia y tenaz campaña promocional.

Las líneas políticas del Ministerio de Cultura prevé en los primeros años una intensa atención a los centros históricos, con máximo aprovechamiento de recursos y participación locales. Estas aspiraciones portan un signo alentador, y los resultados van alcanzando carácter nacional.

Pero el proceso no está libre de escollos en el orden conceptual, dentro de un campo aún incipiente y sujeto a debate. Por ello no deja de ser válida la reiteración de enseñanzas derivadas de la experiencia internacional, y de los principios que sobre esa base han adquirido mayor prestigio. Al respecto quisiéramos hacer algunas consideraciones.

La justipreciación de los valores culturales y del potencial turístico en los centros históricos no debe conducir a una subordinación de la vida en ellos a estas funciones y objetivos. Una política integral de conservación y restauración debe ir dirigida, con tanta o más prioridad, a promover los programas de rehabilitación de la vivienda, de la infraestructura y de los

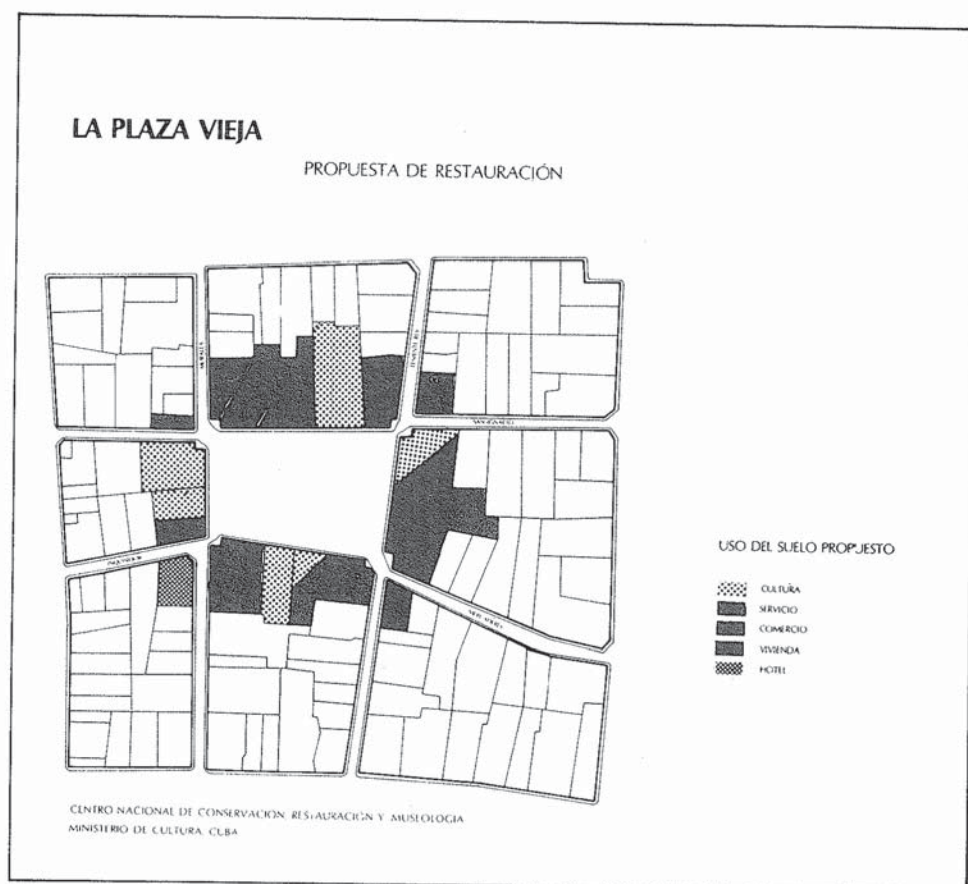
servicios y el equipamiento para la población. Precisamente la conciencia del valor económico y social de los centros históricos aconseja la continuidad del predominio de tales funciones, así como la presencia de la pequeña industria blanca, los talleres compatibles y otros frentes de empleo. Los centros históricos pueden ser patrimonio de la nación o de la humanidad, pero pertenecen en forma particular a la población que los habita. El museo y el mesón no tienen por qué excluir la presencia de la escuela, la tintorería y el mercado. La diversidad de usos y funciones le da vida al centro histórico y lo vincula con el mundo contemporáneo.

Precisamente el habitante de los centros históricos, sobre todo en el Tercer Mundo, pertenece a las capas más humildes de la sociedad, y es el más requerido de ayuda y protección. En cambio, en la presente sociedad cubana, la carencia de la vivienda no va acompañada de los grandes males que aquejan a los desposeídos en otros países de bajo desarrollo. El logro de un nivel de vida decoroso y el aumento del nivel educativo inducen los anhelos de mejoras y favorecen la incorporación a la acción social organizada. Se plantea desarrollar formas amplias y sistemáticas de participación en las condiciones y restricciones específicas de los centros históricos, que favorezcan sumar armónicamente potenciales acciones populares, incluida la auto-construcción individual o cooperativizada, a la rehabilitación de estas áreas urbanas.

Cabe mencionar aquí un ejemplo conducido por el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, en el marco de los trabajos de restauración del casco histórico de la Habana Vieja. Se trata de la rehabilitación de la Plaza Vieja y las edificaciones que la circundan, que fueron objeto de un llamamiento del Director General de la UNESCO por su salvaguarda, y que incluye un primer ensayo de desarrollo de nuevas viviendas en edificios antiguos, junto a la inserción de servicios a la población e instalaciones culturales. En ese contexto se aspira dedicar eventualmente a una función hotelera el antiguo Palacio Cueto, notable ejemplo del *Art Nouveau* habanero, lo cual haría coexistir la actividad turística con el habitat normal de la población.

Hay que cuidar de que el justificado intento de recuperar los valores del pasado no devenga en enfoque puramente historicista, y, sobre todo, evadir la tendencia a considerar el ambiente histórico como un escenario ideal. Si ello puede fungir como foco turístico o promocional en áreas circunscritas, o durante períodos transitorios, es obvio que no cabe tomarlo como modelo para el tejido histórico en su conjunto, que está sometido a los requerimientos de un *continuum* vital similar al del resto de la ciudad.

Por otra parte, los trabajos meticulosos de restauración sólo pueden desarrollarse en casos especiales. Aspirar a hacerlos extensivos puede conducir a una entelequia tanto económica como histórica. Como se ha reiterado tanto, el restablecimiento de monumentos parcial o totalmente desaparecidos ha de ser excepcional y a partir de rigurosos testimonios. La tarea de recuperación conlleva una ardua selección entre lo que se conserva por su irrenunciable valor, y lo que se renueva ante el indetenible avance de la vida. Se trataría de la detención de una esencia que subyace más allá del conjunto de componentes materiales, que pueden resultar más o menos anecdóticos.



Por otra parte, el afán de recapturar a ultranza una imagen ya perdida, entraña ciertos peligros. No puede obligarse a lo viejo a tornarse nuevo, y hacer desaparecer toda huella impuesta por el tiempo, todo signo de

autenticidad encerrado en el propio proceso de transformación o deterioro. Hemos retirado respetables barandas centenarias de hierro para introducir reproducciones de las de madera torneada que les precedieron, o levantando el asfalto en calles no siempre para dejar expuesto un pavimento original subyacente, sino para colocar un nuevo y nada auténtico empedrado. A veces no se reconoce la carga evocativa y didáctica de un fragmento o de unos restos, y prima una voluntad de completamiento y reproducción, tanto más incongruente cuando no se acompaña del necesario dominio de los oficios artesanales ni de suficientes testimonios histórico-constructivos. Reduciendo al absurdo, pudiera pensarse en el decepcionante efecto de la reconstrucción o la reposición de elementos ausentes en el Partenón, el Coliseo o la Venus de Milo. Resultaría erróneo suponer que el turista no se percata y resiente el básico escamoteo de la realidad implícito en tales operaciones. No podemos olvidar que la más perfecta y reluciente de las reproducciones nunca alcanzará el valor del original, por agrietado que éste se encuentre, verdad que resulta válida inclusive para el mercado internacional de la cultura y el arte.

Resulta también pertinente mencionar la necesidad de realizar inversiones no sólo en la restauración, sino también en la toma de medidas de emergencia acerca de bienes amenazados de perderse, que una oportuna acción de apuntalamiento, reparación o eliminación del factor deteriorante permitiría preservar como valores en sí mismos o hasta que su recuperación definitiva sea posible.

Los centros históricos forman parte de sistemas superiores de ciudad y territorio, y no pueden quedar aislados en la visión de conjunto que demandan los planes de desarrollo social y económico a esas escalas. En esa básica interrelación yace en gran medida su garantía de evolución armónica, que deberá incluir en el análisis tanto sus requerimientos internos como su significación para la ciudad o la nación. Reiteramos aquí el planteamiento del Coloquio de Quito, de 1977, que apuntó que la revitalización de los centros históricos exige un enfoque de planeamiento integrado a los planes directores de desarrollo urbano y territorial.

En el marco de los aportes del turismo resultan positivas las intervenciones dirigidas a recuperar los antiguos hoteles deteriorados ubicados en tejidos históricos; esta acción redundará sin dudas en beneficios culturales y económicos. Exhortaríamos a que se extienda y abarque otras edificaciones en los diferentes centros históricos del país, incluidos algunos de menor capacidad habitacional, pero cuya atmósfera propicia la dedicación a pensiones y hospedajes, nivel hotelero tan característico y tradicional en los ambientes históricos.

Uno de los tópicos objeto de polémica en los procesos de recuperación, es el de la inserción del diseño contemporáneo. Se trata de un dilema sólo aparente. Es obvio que los contextos históricos no son inalterables, y que a ellos se requiere adicionar, con la expresión propia de cada época, los elementos que se deriven de las nuevas funciones y necesidades. La aspiración a una continuidad histórica en la cultura requiere, entre otros factores, de la paulatina eliminación del tajante antagonismo entre lo nuevo y lo viejo.

No se trata, por supuesto, de un proceso que pueda quedar incontrolado. Nuestra época ha ganado un juicioso alertamiento al respecto. La restauración de monumentos y conjuntos, precisamente por su avanzada modernidad como vertiente de trabajo del arquitecto, reflejo de una nueva conciencia, no puede compartir los criterios de espontaneidad y expresión individual en la transformación de lo heredado, que prevaleciera en épocas anteriores. El problema hoy se define en otros términos, tanto culturales y técnicos como éticos. Debe mediar un profundo análisis de las sutiles relaciones entre el objeto de diseño y su contexto, en el que intervendrán, junto a la imaginación y la creatividad, una acertada base conceptual y un tratamiento diferenciado de cada situación.

El turista se lleva consigo no sólo la imagen de un monumento o sitio puntual recuperado, sino de la ciudad en su conjunto. Al respecto debemos aludir a una parte importante del patrimonio que determina la imagen urbana más extendida en Cuba, y que no siempre recibe la merecida atención. Nos referimos a la enorme masa de edificaciones surgidas en las primeras décadas de este siglo, marcado por la tendencia ecléctica.

El eclecticismo se impuso poderosamente definiendo una nueva centralidad en las ciudades mayores. Precisamente hoteles como el Nacional, el Sevilla o el Presidente en la Habana, o el Casagranda, en Santiago de Cuba, son hoy representativos de la impronta ecléctica, junto a otras edificaciones monumentales que jerarquizaron las nuevas zonas centrales.

Pero el eclecticismo definió también amplias áreas alejadas de la centralidad, en un desarrollo constructivo al cual el tono menor y la persistencia del artesano confirieron un carácter popular. Vinculada aún con la herencia colonial, esta vertiente del eclecticismo se presenta hoy como último nexo de continuidad histórica en la arquitectura cubana. A partir de ahí y avanzado el siglo, las tendencias modernas inducirían el corte neto con la tradición, que se observa en el panorama arquitectónico internacional.

La etapa ecléctica dejó en Cuba un considerable fondo constructivo de

elevado valor económico y potencial ambiental. Además, muchas ciudades cuyo surgimiento o auge tuvo lugar a principios del siglo reclaman el reconocimiento de estas áreas históricas como válidas expresiones de su identidad cultural.

Su cercanía en el tiempo y su mayoritaria presencia han conspirado, sin embargo, contra la justipreciación del eclecticismo y el deterioro se ha entronizado en esas zonas urbanas, a consecuencia del transcurrir del tiempo, la desatención y las modificaciones desafortunadas.

Esta circunstancia motivó el Coloquio Nacional sobre Eclecticismo y Tradición Popular, auspiciado por el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología en Abril de 1986, en la ciudad de Las Tunas, cuyo centro histórico resultó paradigmático para aquel evento, y cuya población y autoridades locales tienen profunda conciencia de esta problemática. El debate allí sostenido dejó una rica base teórica para ulteriores acciones en torno a los centros de Las Tunas y otras ciudades similares, cuyos valores deberán emerger del abandono.

El potencial turístico no se limita tan sólo al patrimonio material, arquitectónico, urbano o natural. También resulta fundamental el rescate y desarrollo de tradiciones, costumbres y manifestaciones artísticas regionales, que conforman un invaluable patrimonio espiritual.

La persistencia de los productos de la creación popular, posee connotaciones que a veces trascienden las de los propios monumentos, en la definición de una atmósfera o del prestigio y atractivo de un conjunto histórico. Estos testimonios, heredados a través de generaciones, no deben desaparecer ni ser objeto de una manipulación que distorsione su verdadera esencia.

Los cantores y poetas que aún loan a su región de origen, los dedicados artesanos capaces de prolongar la vida de un noble oficio en trance de desaparición, los que nutren con su ingenio la sabiduría popular, enriqueciendo el habla, las costumbres, y la identidad local, constituyen un acervo cuya recuperación deberá correr paralela a la del patrimonio material. También pueden contribuir al desarrollo económico, fundamentalmente en los pequeños conjuntos sin recursos ni suficientes fuentes de empleo.

Hemos citado ya comentarios en torno al efecto traumático que en diversos países subdesarrollados ha tenido el turismo sobre estas facetas de la cultura popular. El caso de las artesanías es uno de los más difundidos: el abuso por la comercialización turística de la vigorosa tradición artesanal de varios países latinoamericanos, ha acarreado a veces consecuencias

profundamente distorsionantes.

La carencia de una herencia artesanal importante en Cuba tiene orígenes que se remontan al escaso desarrollo de la civilización aborigen y a su rápida extinción tras la conquista. La política cultural actual promueve el rescate de las habilidades y potencialidades gestadas en cada región en su devenir histórico, y a su desarrollo, fundamentalmente por medio de talleres semi-industriales en cada localidad. Son esenciales los vínculos entre estos empeños y la actividad comercial afín al turismo, para alcanzar la deseada conjunción de los objetivos culturales y económicos.

Particular importancia presentan aquellos oficios que se extinguen bajo el peso de las técnicas actuales de construcción, que resultan esenciales para la conservación y la restauración. La captación de los viejos artesanos es imprescindible para que en torno de ellos se desarrollen sus futuros continuadores.

Se debe hacer asimismo un llamado de alerta con respecto a la tendencia a la desaparición de algunos materiales, sin los cuales los trabajos de restauración resultan cuestionables. Sería recomendable promover también el resurgimiento de algunos de los talleres de producción de balaustres, capiteles, cornisas y otros elementos recurrentes en extensas zonas históricas, antecedentes de la actual prefabricación, cuya disponibilidad agilizaría parte del proceso restaurador.

Quisiéramos hacer una referencia sintética a la caracterización y avances de los principales centros históricos cubanos, que aún aguardan por una visión integral de sus posibilidades culturales y turísticas.

Sobre la Habana, cuyos valores han sido ampliamente difundidos, haremos un breve y obligado comentario inicial.

La importancia del centro histórico de la Habana Vieja es resultado de su proceso histórico como puerto de escala de la navegación en América durante tres siglos, adquiriendo una conformación definida y acumulando un gran número de edificaciones valiosas. Su característico conjunto de fortificaciones y su articulado sistema de espacios públicos.

Pero lo fundamental es su coherente imagen urbana, que hoy exhibe toda su sorprendente persistencia. Los códigos originados en La Habana Vieja se derramaron extramuros y definieron amplias áreas incorporando nuevos valores, y marcando a la ciudad en su conjunto con una impronta específica, dada por la creativa sucesión de columnatas, galerías, balcones, portales, lucetas, patios y otros componentes tipológicos, que Alejo Carpentier resumiera en su brillante descripción *La Ciudad de las Columnas*.

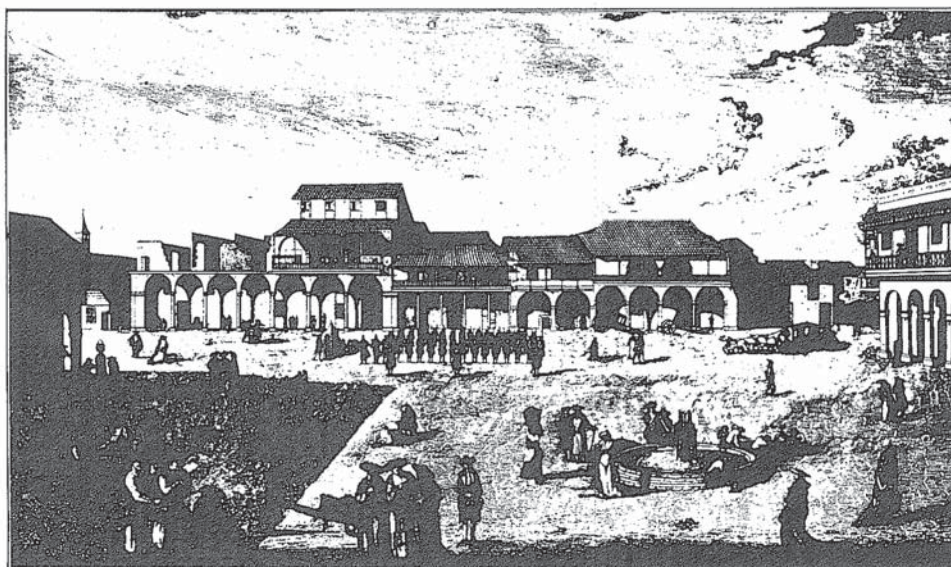
El Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, en coordinación con la Dirección Provincial de Planificación Física, ha elaborado un esquema de recuperación y desarrollo para el casco histórico, actualmente en fase de recuperación.

Asimismo, el Centro conduce investigaciones y obras de restauración en diversos monumentos y conjuntos de la Habana Vieja, entre los cuales figuran los antes mencionados en torno a la Plaza Vieja y otras valiosas edificaciones.

Por su parte, la Oficina del Historiador de la Ciudad ha revitalizado la importante Plaza de Armas y sus calles aledañas, y lleva adelante otros trabajos de restauración.

Junto a los atractivos y logros de La Habana Vieja, se hace necesario apuntar los del importante conjunto de centros históricos de interés que presenta el panorama urbano en Cuba. Precisamente, en esa proliferación y diversidad de valores reside a menudo la más entrañable riqueza patrimonial de las naciones. El reconocimiento de ese principio, posibilita a su vez enfocar el problema de la recuperación en forma sistemática y coherente.

La fundación de siete villas originales define convencionalmente el inicio del desarrollo urbano en la colonia. Aquellos primeros asentamientos nacieron marcados por el pragmatismo, y su ubicación se decidió a partir de



La Plaza Vieja de la Habana en el siglo XVIII, grabado de Canot y Morris sobre dibujo de Elías Dumford.

observaciones elementales del contexto que con el decursar histórico, perdieron en ocasiones vigencia, derivándose posteriores procesos de desplazamiento, conformación, desarrollo o decadencia.

La relativa escasez de metales preciosos indujo un lento crecimiento poblacional, pero la estratégica posición geográfica y lo fértil de las tierras determinaron otras vías de explotación económica en la isla, con el consiguiente emerger de nuevas ciudades que se agregaron a las villas iniciales. La economía, que giraba esencialmente en torno a la Flota que hacía periódica escala en el puerto habanero, prospera en el siglo XVIII con una estable producción agropecuaria, definiéndose paulatinamente las formas capitalistas y las bases de una voluntad de identificación nacional.

Este desarrollo se expresó en el siglo XIX en el florecimiento de notables centros urbanos, cuyo distinguido neoclasicismo, coincidente con las inclinaciones de la burguesía en formación, se adicionó a los códigos heredados de la primera etapa colonial. El país, por su carácter insular y su enclave geográfico fue receptor de diversas tendencias culturales que enriquecieron el tronco hispano y contribuyeron a su evolución, de acuerdo a particularidades regionales y locales. El sello más definitorio lo aportó la corriente ecléctica, que, en las primeras décadas del siglo XX, conformó tanto notables monumentos aislados como una extendida trama de gran coherencia e integración a los valores tradicionales.

El panorama urbano en Cuba ofrece hoy una rica gama de centros históricos, que demandan el análisis de aspectos económicos, sociales y culturales que determina su particularidad. En cada caso las cualidades formales, el paisaje urbano y el enclave natural se conjugan en atmósferas populares, cuyo tratamiento presenta un vasto campo de estudio y acción, que ya se emprende y obtiene sus primeros logros.

En torno de la Habana Vieja existen poblaciones como Guanabacoa, Santa María del Rosario, Cojímar o Bejucal, portadores de su propia historia y atracción. Guanabacoa posee áreas coloniales que no ceden en importancia a las más valiosas de Cuba. Santa María del Rosario exhibe su notable iglesia, provista de hermosos altares barrocos y pinturas murales. Cabe recordar que ambos centros deben su surgimiento y desarrollo a la difusión entre los habaneros del turismo hacia fuentes de aguas medicinales en sus respectivas zonas.

En la provincia más occidental surgen entre paisajes boscosos y de montaña ciudades como la capital, Pinar del Río, y otras que, con raíces en el siglo XIX, aúnan interesantes ejemplos de arquitectura colonial, ecléctica y

vernácula. Un momento lírico se alcanza en Viñales, donde una grácil atmósfera pueblerina se asocia al hermoso escenario del valle.

Matanzas, que por su desarrollo cultural se ganó la denominación de Atenas de Cuba, está dotada de un centro histórico de verdadera gallardía decimonónica, que ha avanzado en su proceso de recuperación, con edificaciones de la altura histórica y expresiva del Teatro Sauto o el Palacio Junco, ambos restaurados, y amplias zonas urbanas cuyo rico potencial ambiental se incrementa con sugerentes vínculos costeros y ribereños. La vecina Cárdenas comparte estas características en un tono menor, y ambas tienen cerca a la renombrada Varadero que, habiendo perdido parte substancial de su vieja arquitectura de madera, aún siente latir una vibrante vena romántica en viviendas como la restaurada para Museo Municipal.

Santa Clara posee monumentos destacados como el Teatro La Caridad, cuya restauración en marcha es asesorada por el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, que también lleva adelante allí un complejo trabajo de recuperación de la decoración pictórica que cubre los amplios plafones de la sala de espectadores.

Sancti Spiritus, una de las primeras villas, atesora un notable acervo colonial que hoy recibe atención priorizada, emergiendo de las transformaciones sucesivas que no lograron destruir su rostro histórico. Entre sus monumentos fundamentales se encuentra la Parroquial Mayor, antiguo exponente de la arquitectura religiosa cubana, actualmente en restauración. Muy cerca, Trinidad exhibe fascinante ambiente colonial detenido en el tiempo. La experiencia trinitaria es ejemplar en el panorama nacional, tanto por la amplitud de los trabajos de restauración acometidos, como por la autenticidad que estos presentan. Por otra parte, Trinidad está favorecida por su magnífico contexto natural que incrementa su alta potencialidad turística. Cerca de Trinidad yace en espera de tratamiento el valle de San Luis, impresionante conjunto de restos de ingenios y bateyes que alude al proceso de florecimiento y decadencia económica de la zona en el siglo XIX, y constituye un testimonio invaluable de la génesis de nuestra industria fundamental. Junto a Trinidad y Sancti Spiritus, Remedios, surgida poco tiempo después, completa en la zona central de la Isla una trilogía que comparte antigüedad tipológica y valores heredados.

Cienfuegos, que se abre al visitante con sobrio trazado neoclásico, lo sorprende con sus exhuberantes monumentos eclécticos y sus rescoldos de arquitectura popular, que incluye la que rodea al Castillo de Jagua, notable fortaleza colonial. Hoy la ciudad se expande para devenir potente centro

industrial, pero subsisten con fuerza sus importantes valores patrimoniales y turísticos.

Camagüey, cuya base ganadera fue soporte económico de señoriales edificaciones de la etapa colonial, conserva aún gran parte de su patrimonio y ha acumulado importantes estudios e investigaciones en los esfuerzos desarrollados para su revitalización.

Las Tunas tiene uno de esos centros históricos definidos por el sello del eclecticismo de vertiente popular. Poseedora de valores subyacentes opacados por décadas de alteraciones e indiferencia, la ciudad se encamina decididamente al rescate de su fisonomía original, sin duda representativa de una decisiva fase del proceso de conformación urbana en Cuba. Conjuntamente con la provincia se realizan los trabajos del Memorial Vicente García en el principal eje comercial, que deberá arrojar resultados catalizadores en una ulterior labor de recuperación progresiva.

En las calles y plazas de Bayamo resuenan aún el eco de las primeras luchas por la independencia nacional. También una de las primitivas villas, Bayamo conserva un centro histórico aún recuperable y valiosos monumentos que, a sus cualidades expresivas, aúnan su vinculación con la historia patria, como por ejemplo la Plaza del Himno y su destacada Parroquial Mayor. Desde hace años se viene haciendo significativas restauraciones aisladas, y hoy se promueve una acción integral por etapas.

En la misma provincia, Manzanillo, también cargada de historia y dotada de distintiva organización urbana, completa un circuito de alto interés histórico-patriótico. La zona incluye sitios tan relevantes como el monumento a La Demajagua y la playa de Las Coloradas. Manzanillo cuenta asimismo con una cayería en el golfo de Guacanayabo donde se mantiene un ecosistema singular con una importante reserva de flora y fauna autóctona.

Holguín mantiene sistemática preocupación por su patrimonio monumental, que se ejemplifica en la conocida Periquera del área central. Con una sensible afluencia turística, se preocupa ya de las extraordinarias perspectivas de la vecina Gibara. Esta, cuya romántica nostalgia queda apresada entre el mar y las montañas, sorprende por la notable riqueza de su centro histórico, y exhibe un conjunto de alta coherencia, evocativo de su esplendor pasado unido a una fuerte expresión popular.

Santiago de Cuba, ciudad héroe, la segunda en importancia del país, contrapuntea espectacularmente en su centro histórico la abrupta topografía con una arquitectura que suma lo vernáculo, lo colonial y lo neoclásico, resguardada ante el mar por la majestuosa fortaleza de El

Morro. A estos valores se suma el patrimonio que evoca la última etapa de la lucha liberadora del pueblo cubano. En su entorno montañoso se encuentran sitios de adicional interés, como los antiguos cafetales o la zona de El Cobre. Un activo equipo de especialistas del Poder Popular y la Facultad de Arquitectura investiga y promueve con dinamismo el rescate y la revitalización del patrimonio santiaguero.

De estricto trazado en damero, con un cercano paisaje montañoso y marítimo, Guantánamo presenta junto a sus valores coloniales una gran diversidad ecléctica. En su entorno se encuentran restos de numerosos cafetales fomentados por inmigrantes franceses en el siglo XVIII. Se encuentran allí singulares paisajes, sobre todo en el Mont Rouge (hoy Monte Ruz), llamativos por su color y extensión.

La remota historia colonial contenida en las fortalezas y el trazado urbano de Baracoa, aún se aprecia en ésta, la primera villa fundada por los españoles. Accesible hoy por una audaz carretera de montaña, llegar a Baracoa y visitar sus lugares constituye una aventura para los ojos y el espíritu.

Sería muy difícil sintetizar en el espacio disponible una apreciación justa y completa de los valores patrimoniales presentes a lo largo del territorio nacional que constituyen, en suma, la multiforme huella del paso histórico del ser humano en la creación del marco de vida social y cultural.

Los trabajos realizados en este conjunto de centros históricos ofrecen alentadores resultados. Se generaliza una conciencia favorable y el esfuerzo de rescate alcanza progresivamente a toda la nación.

La conjugación de estos empeños con el aporte que significaría una política de inversiones en el turismo a ellos vinculado, arrojaría resultados beneficiosos para ambos campos de acción, para la economía, la cultura y la identidad nacional.

Una nueva dimensión se abre ante las perspectivas de trabajo cohesionado de la promoción turística y la conservación del patrimonio cultural, ambas actividades pacíficas por excelencia y de alto significado espiritual. A ese fin estamos en disposición de prestar todo el apoyo de nuestra institución.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Capablanca, Enrique, Carlos Dunn et al, *La Plaza Vieja: Propuesta de Restauración*, La Habana, Ediciones Plaza Vieja, 1983.

Carta Internacional sobre la Conservación y Restauración de Monumentos y Sitios, Venecia, 1964.

Conclusiones del Coloquio sobre Conservación de los Centros Históricos ante el Crecimiento de las Ciudades Contemporáneas, Quito, UNESCO/PNUD, 1977.

Díaz-Berrio, Salvador y Orive, Olga, *El Turismo y la Rehabilitación de Sitios Históricos Urbanos*, México, 1976.

Flores Marini, Carlos, "Un Problema de los Asentamientos Humanos", Ponencia al Coloquio de Quito, 1977.

Heritage Trust, *Second International Congress on Architectural Conservation and Town Planning: Conservation and Tourism*, Basilea, 1985.

Lápidus, Luis, "Las Señales Gráficas y los Contextos Históricos", en *Ciudad y Territorio*, Madrid, 1984.

Lápidus, Luis y Rigol, Isabel, "Eclecticismo y Continuidad en la Arquitectura Cubana", Ponencia al Coloquio Nacional sobre Eclecticismo y Tradición Popular, Las Tunas, 1986a, en edición.

Lápidus, Luis y Rigol, Isabel, *Los Centros Históricos y la Vida Contemporánea: Una Óptica Cubana*, La Habana, UNESCO, 1986b, en publicación.

Rallo, Joaquín y Segre, Roberto, *Introducción Histórica a las Estructuras Urbanas y Territoriales de Cuba*, La Habana, M.E.S., 1978.

"Recomendación sobre la Protección en el Ambito Nacional del Patrimonio Cultural y Natural", Conferencia General de la UNESCO, París, 1972.